

PUNTO #26 – CARACAS, ENERO/FEBRERO 1966

### **Desarrollo de la arquitectura iberoamericana**

CARLOS RAUL VILLANUEVA

El Dr. Carlos Raúl Villanueva dictó el pasado día 10 de diciembre en Madrid, una conferencia titulada: "Algunas observaciones acerca del desarrollo actual de la arquitectura iberoamericana". El arquitecto Villanueva fue especialmente invitado para intervenir en una serie de actos en el que participaron otros prestigiosos arquitectos. El arquitecto venezolano fue objeto de significativas atenciones y la prensa de Madrid resaltó la importancia de su obra. A continuación publicamos el texto íntegro de la conferencia pronunciada por el Dr. Villanueva en el Salón de Actos del Ministerio de la Vivienda de Madrid.

Señoras y Señores:

No voy a abusar de la gentileza, paciencia y benevolencia que han tenido en venir a escucharme, extendiéndome en una larga disertación, para la cual humildemente confieso no poseer las cualidades necesarias, y me consuelo y me he consolado siempre pensando que como arquitecto soy más hombre de acción y de síntesis que de palabra.

El tema que me he propuesto desarrollar esta tarde abarca en realidad regiones y situaciones culturales profundamente diferentes. No sería justo de mi parte exponer las consideraciones que sobre nuestros países haré, sin haber hecho previamente un acto formal de reconocimiento de la gigantesca y perdurable acción creadora de España en nuestro continente, cuyas raigambres espirituales no han logrado ser arrancadas por las diferentes influencias que brevemente consideraré luego. Iberoamérica, a pesar de sus comunes raíces, se destaca por la diversidad de caracteres y por la diferencia de intensidad de rasgos semejantes.

Resulta evidente, aun para la persona menos enterada, el fenómeno interesantísimo de la presencia del mundo continental iberoamericano. Nuestro inmenso continente ratifica en términos culturales lo que ya está claro en términos geográficos: la superposición del proceso de independencia al proceso de colonización española y portuguesa, no hace sino reiterar el carácter unitario de la vida de ese inmenso continente nuestro.

En efecto, la colonización fue obviamente un factor importantísimo de unificación en el plano de la lengua, de las costumbres, de los modos constructivos, religiosos, etc. Pero a eso es necesario agregar la unificación que aportó, por otras vías, el proceso de independencia nacional de cada uno de los países iberoamericanos.

Las ideas de dimensión continental de los grandes líderes como Bolívar, San Martín, Artigas, Sucre, Martí, etc., unidas a las campañas militares, contribuyeron de manera sustancial a remachar unos lazos que todavía permanecen vivísimos en las mentalidades, en las actitudes, en las respuestas vivenciales de los iberoamericanos.

Sin embargo, cuando nos acercamos a observar, analizar más en detalle las circunstancias de desarrollo histórico de cada región y de cada país, hallamos acompañando a esos mismos factores de unificación que son indudablemente más compactos y coherentes, otros factores enteramente opuestos en caracteres y signos a cuya presencia debemos atribuir las diferenciaciones que han ido marcándose en cada lugar y en cada nación.

Reunidos bajo este renglón hallamos las notables diferencias de climas y de topografía que configuran de manera tan abigarrada a las ciudades iberoamericanas. La permanencia de los rasgos culturales indígenas (Mayas, Aztecas, Chibchas, Caribes, etc.) en algunos países, sobre todo los de la Cordillera Andina y los de Centroamérica, también se ha constituido en factor de diferenciación de los otros países en los cuales la colonización, el comercio de esclavos, o poderosas corrientes inmigratorias de españoles, portugueses, italianos, alemanes, chinos y japoneses, han hecho aflorar rasgos culturales y

aportes independientes con fuerte sabor local. Finalmente habría que agregar a los factores ya señalados, la increíble falta de comunicación, de intercambio cultural, de información que desde hace muchas décadas han sido consecuencia de un escaso o nulo comercio intercontinental y de otros factores políticos absolutamente artificiales.

El que se ocupa de cuestiones iberoamericanas, con algún grado de especialización, sabe por experiencia propia el nivel realmente asombroso de ignorancia de las vivencias recíprocas en que se encuentran los pueblos iberoamericanos. Ella contrasta dramáticamente con la abundante información de origen norteamericano y de diversas fuentes europeas, de que generalmente se dispone.

No quisiera haber comenzado esta conversación dejando la impresión confusa en un doble proceso inverso, contrario de vivificación y de separación. Deseo aclarar que lo que ocurre corresponde efectivamente a un proceso contradictorio que deriva de la propia naturaleza dialéctica de la realidad.

Existen en la cultura iberoamericana elementos de unidad y de diferenciación cuyos valores e importancia varían de acuerdo con la evolución del proceso histórico. A primera vista aparecen los rasgos y los elementos que tienden a unificar y dar, como en esencia las características unitarias de un acontecer que, mejor analizado, revela en cambio una riqueza extraordinaria de reflejos y de matices locales.

No dudamos de la relación de causa a efecto que se produce entre sustancia cultural y estructura productiva y arquitectura. El diseño, las formas, las concepciones espaciales, la actitud moral del arquitecto, reflejan, aunque no de manera mecánica ni inmediata, una situación, un mundo perfectamente identificable en la historia y en la geografía. Y estos coordinados se hallan visibles aun cuando la realidad social y la realidad arquitectónica mantienen un comercio de ideas y de sentimientos en diferentes planos, en diferentes ritmos que agregan, a no dudarlo, mayor complejidad al análisis.

Del nacionalismo social, de la permanencia de los valores prehispánicos, de la influencia ideológica y política de la historia absolutamente peculiar del pueblo mexicano, brotan las características del regionalismo mexicano que tantas obras arquitectónicas nos ha dejado para convertirlas en temas de discusión y de polémica.

Podemos manifestarnos en total desacuerdo con una arquitectura intencionalmente nacional por los graves riesgos que ella comporta en el manejo práctico de sus elementos, pero no cabe duda de que la arquitectura mexicana ha contribuido enormemente al desarrollo de los conceptos fundamentales en la arquitectura iberoamericana.

Creo oportuna la ocasión que se me presenta para recordar los ensayos en México de la integración de las Artes de la gran escuela de los muralistas, principalmente en la Ciudad Universitaria de México, que puede ser considerado como uno de los movimientos artísticos y uno de los ensayos de síntesis más interesantes que se hayan dado, no solamente en América sino en todo el mundo.

De la tradición barroca, de la urgencia con que se plantea el proceso constructivo de la influencia directa de Le Corbusier, surge la arquitectura generosa, tajante en sus decisiones, del Brasil. Esa suerte de inflación formal que nos presentan las crónicas de la arquitectura contemporánea brasileña, con su brillo y audacia descomunal, no hubiera podido darse sino en el clima -y no me refiero tan sólo al cultural- de ese país gigantesco.

Quisiera recordar la actuación brillante y la influencia poderosa, entre los arquitectos brasileños, del maestro Lucio Costa; el talento inconmensurable de Niemeyer; el gusto y el equilibrio de las obras del muy recordado Alfonso Reidy y me gustaría insistir principalmente en las espléndidas realizaciones paisajistas de Roberto Burle-Marx. Sus jardines y sus parques constituyen, con elementos verdes, con árboles y flores, agua y piedra, con sus azulejos tan peculiares, una nueva ordenación espacial, un ensayo de espacio compuesto, ordenado con una intención de secuencia, visual o de conformación psicológica.

De las crisis económicas, del carácter urbano, de la profunda influencia europea y de la tradición, extremadamente culta de su arquitectura, derivan los rasgos y la idiosincrasia de la producción argentina. A los planteamientos de actualidad pero teóricos, a una situación de escasa posibilidad de realización práctica, corresponde una intención muy repetida de crear estructuras audaces, de buscar una nueva escala polémica que combine las ambiciones y la tensión creadora de los arquitectos argentinos.

Con una modalidad de derivación típicamente europea, los argentinos reflejan su cultura y su peculiar concepción de los grandes temas como una versión local de problemas universales.

De un desarrollo industrial reducido pero notablemente más avanzado que en otros países, del clima de las altas mesetas, y de la presencia de una élite cultural extremadamente refinada, se origina en Colombia, particularmente en Bogotá, una arquitectura sumamente correcta, meditada, de gusto definido, acompañada por una práctica sólida de la construcción. El alto nivel de esa arquitectura corresponde también y de manera diferenciada, a las características locales que componen el mosaico de las culturas iberoamericanas. Y en eso volvemos a encontrar aspectos y significados que no deben ser soslayados, y donde aparece el gusto del detalle cuidado y eficiente, el dominio de la técnica del hormigón y del ladrillo, su desarrollo eficiente desde el punto de vista económico y constructivo y una visión meditada, culta, seria, de la forma. Pueden dar lugar -y probablemente ya lo están dando- a una arquitectura sin grandes vuelos líricos, más bien modesta en sus formas, pero de un alto significado desde el punto de vista de sus resultados urbanos.

Las condiciones que dan origen a la arquitectura venezolana actual son sumamente complejas y no pueden ser resumidas sin correr el riesgo de deformar profundamente la imagen de conjunto que deseáramos construir, de la actividad de mi país. Sin embargo, nos parece indispensable, aun cuando se corra ese riesgo, tratar de precisar por lo menos algunos de los factores más evidentes que han dado origen a nuestra arquitectura o que de ésta han sido causa principal. Entre ellos es menester ubicar, en primer término, el auge económico del período que viene desde 1945. Naturalmente, ésta no es sino una etapa de la situación privilegiada de que goza Venezuela desde que se perforó el primer pozo petrolero en su suelo, y es al petróleo que en último análisis debemos también la bonanza progresiva que se instaló, desde la fecha citada, en mi país.

Desgraciadamente, al petróleo también le debemos muchas cosas no igualmente buenas o deseables. En efecto, la bonanza petrolera fue acompañada por claros fenómenos de deformación económica, por una penetración del capital foráneo, por el crecimiento de una abultada burocracia parásita, por el aumento vertical del grado de dependencia de las importaciones de los grandes países productores.

Para completar el cuadro del cual procedemos a ubicar nuestra arquitectura contemporánea, es preciso completarlo en sus líneas más generales, con el señalamiento de la importancia del éxodo campesino, del violento crecimiento demográfico y el aumento de la inmigración, que contribuyeron a concentrar en las grandes ciudades, y sobre todo en Caracas, la mayoría de la población del país.

El crecimiento vertiginoso de la capital, que todavía continúa aceleradamente, contra vientos y mareas, ignorando reglamentaciones y ordenanzas, y a pesar de crisis y recesiones económicas posteriores, constituye la base, el factor de demanda, el factor causante principal de una explosión análoga en el campo, más propiamente arquitectónico y, como se comprenderá, urbano.

El alto nivel adquisitivo -hasta 1960- del bolívar, las facilidades de comunicaciones, la abundancia de informaciones sobre el exterior y el hecho de que gran parte de los arquitectos que iniciaron la arquitectura moderna en Venezuela -y el que les habla está entre ellos-, se formaron en escuelas europeas o más frecuentemente norteamericanas, propiciaron una importación generalmente bien intencionada, de ideas, de planteamientos, de formas, deducidas del gran repertorio de la arquitectura internacional, anterior y posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Es necesario advertir que de tal manera se prolonga en Venezuela una condición de dependencia, voluntaria o inconsciente, de los grandes centros de producción cultural. Dependencia que comienza a definirse en el fondo del mismo momento del descubrimiento o, en todo caso, del momento en que se estructura la Colonia, perdura durante la formación republicana y se mantiene hasta ahora como un dato casi permanente de nuestra condición humana y cultural.

Esta condición de dependencia puede ser observada y desde luego criticada desde diferentes puntos de vista: pero puedo afirmar que, si por un lado ha contribuido a hacer que nuestra arquitectura estuviera como en una permanente carrera para estar al día, a la moda, en los casos de menor calidad; por otro lado, ha sido el medio, el vehículo que los mejores han usado, y de hecho siguen usando, para alcanzar un nivel de producción, un rigor de composición, una definición formal, que difícilmente hubiera podido ser lograda por otros medios más autóctonos.

Habida cuenta de nuestra falta de grandes tradiciones, de nuestra debilidad cultural, de nuestra asombrosa juventud arquitectónica -en efecto la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de Caracas acaba de cumplir sus doce años-, es justo reconocer el valor instrumental que el estudio de las obras de

los grandes maestros y la comprensión de las grandes corrientes internacionales, ha representado para los arquitectos venezolanos.

Sin embargo, una vez aclarada la procedencia y afirmada la utilidad del método de trabajo, que en mi país emplean muchos de mis colegas, me parece indispensable recordar también cómo algunos de ellos, principalmente los arquitectos Tomás José Sanabria, Fruto Vivas y Mario Bemerguí, encarándose a este fenómeno de la transculturación, tan peculiar en nuestro país, reaccionaron a partir de los años 50, buscando una arquitectura que en lugar de depender de las grandes fuentes exteriores, brotase, por así decirlo, de la propia tierra, confundándose en cierta medida con la arquitectura espontánea o popular. Se formó entonces una arquitectura de inspiración vernácula y popular, que, sin investigar científicamente los valores de la tradición del pueblo, instintiva o intuitivamente, se afincaba en lo que se consideraba típico en cuanto a valores espaciales, cromáticos, proporcionales, etc.

El pueblo y sus hábitos constructivos constituyeron, pues, el punto de partida de esta corriente, que todavía tiene sus adeptos. Pero un punto de referencia de esta naturaleza si al ajustarlo en un proceso de autodescubrimiento, a la importación indiscriminada y ecléctica de formas nacidas y desarrolladas en situaciones culturales, productivas, climatéricas diferentes, puede haber sido un importante factor de recuperación nacionalista y de fundamentación de una arquitectura seria, estrechamente ligada a los valores locales; sin embargo chocaba con el hecho no suficientemente claro en ese período, de que el hombre venezolano de hoy ha sido profunda y permanentemente alterado en su ritmo de vida, en sus concepciones del mundo, en sus criterios de valoración, por el mismo proceso de transculturación y de evolución económica a que ha sido incesantemente sometido durante los últimos cuarenta años.

Y este reconocimiento implica que resulta casi imposible, sin caer en la falsedad formal o en una equívoca escenografía criollista, mantener ese punto de referencia para la inspiración y creación contemporáneas. Objetivamente, es preciso admitir que un pueblo no está dispuesto a identificarse con los paradigmas culturales ofrecidos por ciertas corrientes internacionales, pero tampoco ya está en condiciones de reencontrarse a sí mismo en la imagen de la tradición, del folklore, del populismo. Ambos caminos están definitivamente comprometidos y según se percibe en el ambiente arquitectónico, ninguno de los dos promete desembocar en una versión aceptable y duradera que puede realmente representarnos como nación y como pueblo.

No me queda sino procurar señalarles, ahora que les he configurado el panorama de desarrollo arquitectónico de mi país, la posible salida que nos interesa. Desde luego, nadie puede garantizarnos que la hallemos ni que tengamos éxito al emplearla.

Sin embargo, frente a una arquitectura que en cuanto problema de creación y de forma arranca por una parte de Le Corbusier, de Alvar Aalto, de Kahn o de Tange y, por otra, de las fórmulas simples de una arquitectura campesina o de la tradición colonial, es posible rechazar una y otra, y partir de consideraciones, de necesidades y de aplicaciones, de sistemas enteramente distintos.

Tal como estamos ensayando, por ejemplo, en el taller que dirijo en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Ciudad Universitaria de Caracas, es posible vislumbrar un nuevo sistema arquitectónico, volviendo a plantear el problema en su totalidad desde el principio, sin prejuicios y sin temores.

Nosotros, por más increíbles que fueran, y ojalá que así lo fueran, nuestras audacias, no podemos contribuir a que la arquitectura perdiera lo que ya ha perdido a causa de la comercialización y del proceso de fosilización de sus formas, que actualmente padece. En mi país, los problemas que plantea el subdesarrollo y el crecimiento de la población, así como el sentido más elemental de justicia social, imponen primeramente una visión cuantitativa del objetivo arquitectónico.

Encarándose a la enorme demanda potencial y real de viviendas, hospitales, escuelas, servicios, etc., no se nos escapa que únicamente mediante un vuelco radical en los sistemas de construcción, modos más industriales y racionales, se podría abastecer adecuadamente el mercado.

En tal sentido, la necesidad de industrializar el proceso constructivo coincide con el objetivo más general que corresponde a la necesidad de industrializar todo el país, y en esta coincidencia encontramos otro indicio poderoso que nos asegura en nuestro programa de trabajo.

Sin embargo, creemos que la experiencia de la industria arquitectónica de otros países debe ser aprovechada, buscando en lo posible evitar los errores de operación, de intenciones y de métodos allí ocurridos. En efecto, creemos que el fenómeno cuantitativo y cualitativo se relacionan entre sí de manera dialéctica y, por lo tanto, inextricable.

Al buscar una solución tendremos que hallarla para las demandas cuantitativas y para las demandas cualitativas. Puesto que a los cambios de contenido deben corresponder, en una arquitectura coherente, cambios de forma; esperamos que éstos ocurran también y en cierto sentido, no nos preocupan. Lo que sí nos interesa es plantear, con toda precisión, la necesidad de que también deben alterarse los sistemas de diseño, al convertirlos en instrumentos eficientes, graduales y autorregulados, admitiendo incluso la comprobación experimental.

Se nos abre entonces un campo vastísimo de experiencias y de investigaciones. Muchas de ellas, por supuesto, no serán nuevas, ni originales, pero tenemos el convencimiento intacto y firme de que otras nuevas y más avanzadas nos ayudarán, si no a descubrir una nueva arquitectura, que eso sería un milagro o un hallazgo absolutamente desproporcionado con nuestras fuerzas, valores y conocimientos, sí a ir resolviendo con los poderosos utensilios de la razón y del método, cada vez con más serenidad y seguridad, los múltiples problemas que nos plantea este mundo atormentado y, sin embargo, extremadamente vivo.

Muchas gracias.